

David I. Kertzer

*El secuestro de
Edgardo Mortara*

Traducción de Óscar Mariscal



Copyright © 1997 by David I. Kertzer
Maps copyright © 1997 by David Lindroth, Inc.
Originally published by Alfred A. Knopf, Inc., New York, in 1997.
This translation published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The
Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

© de la traducción: Óscar Mariscal, 2017

© Editorial BERENICE, S.L., 2017
www.editorialberenice.com

Primera edición: junio, 2017

Colección ENSAYO

Director editorial: Javier Ortega

Maquetación: Antonio de Egipto

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

ISBN: 978-84-16750-21-4

Depósito legal: CO-871-2017

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Índice

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1. UN GOLPE EN LA PUERTA	15
CAPÍTULO 2. JUDÍOS EN LA TIERRA DE LOS PAPAS.....	27
CAPÍTULO 3. DEFENDIENDO LA FE	39
CAPÍTULO 4. DÍAS DE DESESPERACIÓN	51
CAPÍTULO 5. LA MEZUZÁ Y LA CRUZ: EL VIAJE DE EDGARDO A ROMA.....	63
CAPÍTULO 6. LA CASA DE LOS CATECÚMENOS	79
CAPÍTULO 7. UN PADRE VIEJO Y UNO NUEVO.....	89
CAPÍTULO 8. EL PAPA PÍO IX.....	103
CAPÍTULO 9. EL PAPA CENSURADO	115
CAPÍTULO 10. LA VIDA SEXUAL DE UNA SIRVIENTA	125
CAPÍTULO 11. DRAMA EN ALATRI.....	139
CAPÍTULO 12. EL ENCUENTRO CON SU MADRE	147
CAPÍTULO 13. SE EXTIENDE LA PROTESTA INTERNACIONAL.....	157
CAPÍTULO 14. LA IGLESIA CONTRAATAACA.....	169
CAPÍTULO 15. UNA CUESTIÓN DE PRINCIPIOS.....	185
CAPÍTULO 16. SIR MOSES VA A ROMA	207
CAPÍTULO 17. LEVANTAMIENTO EN BOLONIA.....	219
CAPÍTULO 18. EL ARRESTO DEL INQUISIDOR.....	233
CAPÍTULO 19. EL CASO CONTRA EL INQUISIDOR	247
CAPÍTULO 20. EL JUICIO CONTRA EL INQUISIDOR.....	259
CAPÍTULO 21. DEFENDIENDO AL INQUISIDOR	277
CAPÍTULO 22. LOS RITUALES DEL PODER.....	295
CAPÍTULO 23. NUEVAS ESPERANZAS PARA LIDERAR A EDGARDO	305
CAPÍTULO 24. LA FUGA DE EDGARDO.....	317
CAPÍTULO 25. UNA MUERTE EN FLORENCIA	329
CAPÍTULO 26. MOMOLO EN EL BANQUILLO.....	345

EPÍLOGO.....	363
CONCLUSIÓN.....	367
AGRADECIMIENTOS.....	375
NOTAS	377
FUENTES DOCUMENTALES Y ABREVIATURAS	401
BIBLIOGRAFÍA	403

*A mi padre, Morris Norman Kertzer, y a mi hija,
Molly Emilia Kertzer, con cariño y agradecimiento.*



Prólogo

Era el final de una época. Regímenes que habían durado siglos estaban a punto de ser barridos. En la península itálica, el viejo mundo del poder pontificio y la autoridad tradicional asistía con inquietud al ascenso de la dispar progenie de la Ilustración y la Revolución Francesa, y de los campeones de la industria moderna, la ciencia y el comercio. Los orgullosos paladines de lo viejo y lo nuevo se miraban con cautela y mutua incompreensión. Cada bando agitaba sus propias banderas, proclamaba sus propias verdades, adoraba a sus propios ídolos, cantaba alabanzas a sus héroes, y despreciaba a sus adversarios. Los revolucionarios soñaban con utópicos futuros superadores del opresivo presente; los liberales visualizaban un nuevo ámbito político basado en el orden constitucional; e incluso los conservadores comenzaban a preguntarse cuánto más aguantaría el viejo orden. Nuevos dioses estaban naciendo: nuevos objetos de adoración. En Italia, del mosaico de ducados, grandes ducados, reinos borbónicos y saboyanos, de avanzadas austríacas y de los mismos Estados Pontificios, pronto surgiría un nuevo estado nación cuyas fronteras y naturaleza se desconocían aún. Los otrora súbditos se convertirían en ciudadanos. Sin embargo, para la masa de campesinos analfabetos nada parecía cambiar demasiado.

En ningún lugar de Occidente la brecha abierta entre el viejo y el nuevo mundo era tan amplia como en las tierras del papa rey. ¿Dónde más, de hecho, podría gobernarse por un derecho divino tan arraigado, tan bien justificado ideológicamente y tan espectacularmente elaborado ritualmente? El papa había sido un príncipe mundano, un gobernante de sus súbditos, durante muchos siglos, y los límites de su dominio en 1858 —extendiéndose desde Roma hacia el nordeste alrededor del gran ducado de Toscana, y hasta la segunda ciudad de los Estados Pontificios, Bolonia, al norte— eran los mismos que hacía tres siglos y medio. El papa regía su

estado porque así lo disponía Dios. Las ideas revolucionarias según las cuales el pueblo debía elegir a sus gobernantes, ser libre para pensar lo gustase pensar, y creer en lo deseara creer no eran simplemente erróneas sino heréticas: la obra del diablo, insidias de la francmasonería y otros enemigos de Dios y la religión. El mundo era tal y como Dios lo había ordenado. El progreso era una herejía.

Pero aun permaneciendo en pie en 1858, los Estados Pontificios no habían salido indemnes de los acontecimientos de las últimas siete décadas. Cuando las tropas francesas descendieron por la península itálica en 1796-97, los Estados Pontificios fueron engullidos; en los años que siguieron, dos papas fueron expulsados de Roma hacia un humillante exilio, y las propiedades de la Iglesia fueron subastadas a beneficio de las arcas de Napoleón. Si bien tras el colapso napoleónico los Estados Pontificios fueron restaurados, y el papa Pío VII regresó a la Ciudad Santa en 1814, lo que antes se antojaba tan sólido —un producto del orden divino de las cosas— ahora parecía terriblemente frágil. Brotaron conspiraciones contra el poder mundano del papa; estallaron revueltas. A mediados de siglo, otro papa se vio obligado a huir de Roma —esta vez por temor a las turbas asesinas—, y debió recurrir a las armas extranjeras para recuperar su gobierno y protegerlo de sus levantiscos súbditos.

Entre estos súbditos —aunque en su mayoría poco inclinados al motín— se hallaban los judíos, «los judíos del papa». Sin embargo, habiendo vivido éstos en Italia desde antes de que hubiese cristianos allí, no podían zafarse de su condición de forasteros, de aspirantes al privilegio de poder permanecer donde estaban. Con escaso peso numérico —menos de quince mil en los Estados Pontificios¹—, influían y mucho en la conciencia del clero, ocupando una posición central, aunque no envidiable, en la teología católica: eran los asesinos de Cristo, cuya atribulada existencia servía de valioso recordatorio para los fieles, pero que un día verían la luz y abrazarían la verdadera religión, contribuyendo a acelerar el regreso del Redentor. Desde el siglo XVI, los papas los habían confinado en guetos para evitar el contagio. La suya era una sociedad aparte; sus hogares estaban vedados a los cristianos. Aun así, la vida en el gueto no carecía de consuelos y alegrías. Allí los judíos tenían una rica vida comunal, sus propias instituciones, sus sinagogas, rabinos y líderes; sus propias disputas y triunfos, sus propios ritos divinamente ordenados, que estructuraban cada estación del año y cada día de sus vidas.

Pero los judíos también vieron surgir un mundo nuevo cuando las tropas francesas, extendiendo la trinidad secular de *liberté, égalité, et fraternité*, barrieron el continente, derribaron las puertas del gueto y las quemaron en una pira purificadora para edificación del pueblo. En la estela de los soldados, a veces bajo las miradas de preocupación de sus vecinos cristianos, los judíos —algunos exaltados, otros aterrorizados— comenzaron a dar sus primeros pasos fuera del único mundo que ellos y sus antepasados habían conocido. Los acontecimientos aquí narrados, que en conjunto forman un capítulo extrañamente olvidado de la batalla que puso fin al Antiguo Régimen, comenzaron en la ciudad porticada de Bolonia, precisamente en el corazón de su *almendra* medieval, de callejas empedradas y *piazzas*, en 1858. En Roma, el papa Pío IX ocupaba el trono de San Pedro mientras las tropas francesas patrullaban la Ciudad Eterna. Dos de los tres hombres más poderosos de Bolonia eran cardenales: el arzobispo, líder espiritual de la ciudad; y el cardenal legado —representante del gobierno pontificio—, gobernador civil. El tercero era un militar, un general austriaco cuyas tropas —junto con las fuerzas francesas en Roma— apuntalaban el tambaleante poder papal.

En el lado opuesto de la calle al que ocupaba el cuartel del general, se halla la célebre iglesia dominicana de Bolonia, Santo Domingo, donde el mismo santo había muerto y sus huesos, reverentemente custodiados, reposan hasta la fecha. Allí residió el inquisidor, encargado por la Congregación del Santo Oficio en Roma de combatir la herejía y defender la fe. Entre sus tareas estaba la de asegurar que se cumpliesen las restricciones impuestas a los judíos.

Durante dos siglos, los inquisidores boloñeses tuvieron escasos motivos para preocuparse por los judíos, pues en 1593 el papa había expulsado a novecientos de ellos de la ciudad y sus alrededores. A raíz de la ocupación francesa de la década de 1790, algunos judíos atrevidos se decidieron a regresar, pero una vez fueron restaurados los Estados Pontificios su estatus volvió a ser dudoso, y su derecho a vivir en la ciudad menos que claro. No obstante, hacia 1858 cerca de doscientos de ellos —comerciantes en su mayoría— vivían en Bolonia, creando un confortable entorno para sus familias. Dados los encontrados sentimientos de las autoridades eclesásticas acerca de su presencia en la ciudad —anteriormente prohibida—, los judíos no sentían deseo alguno de llamar la atención, y por tanto carecían de sinagoga y de rabino.

Como muchos de estos judíos, procedentes de los guetos de otras ciudades, Momolo Mortara y Marianna Padovani Mortara se habían trasladado a Bolonia desde el cercano ducado de Módena. Vivían con sus hijos y su sirvienta católica en un edificio en el centro de la ciudad. Su anonimato estaba a punto de encontrar un doloroso final.

Capítulo 1

Un golpe en la puerta

El golpe llegó al caer la noche. Era el miércoles 23 de junio de 1858. Anna Facchini, una sirvienta de 23 años, descendió un tramo de escalera desde la vivienda de los Mortara para abrir la puerta exterior del edificio. Ante ella se hallaban un oficial de policía uniformado y otro hombre, de mediana edad y porte marcial¹.

—¿Es ésta la casa del *signore* Momolo Mortara? —preguntó el mariscal Lucidi.

—Sí —respondió Anna. Pero el *signore* Mortara no estaba allí. Había salido con su hijo mayor.

Cuando los caballeros se giraron para marcharse, Anna cerró la puerta y subió a informar de la inquietante visita a su empleadora, Marianna Mortara, que cosía en su sala de estar junto a Ernesta y Erminia, sus gemelas de 11 años. Sus cinco hijos más pequeños: Augusto (de 10 años), Arnolando (de 9), Edgardo (de 6), Ercole (de 4) e Imelda (nacida apenas seis meses antes), estaban ya dormidos. Marianna, de naturaleza nerviosa, deseó que su marido estuviera en casa.

Unos minutos más tarde oyó ruido de pasos en la escalera trasera, a la que podía accederse a través de la vivienda de sus vecinos. Marianna dejó su labor y escuchó atentamente. Los golpes en la puerta confirmaron sus temores. Se acercó a ella y, sin tocarla, preguntó quién llamaba.

—¡Policía! —respondió una voz—. Déjenos entrar.

Esperando —sin creerlo realmente— que los policías se hubiesen equivocado, Marianna les dijo lo que rogaba que ignorasen: que tocaban a la puerta trasera del mismo domicilio que acababan de visitar poco antes.

—No importa, señora. Somos policías y necesitamos entrar. No se preocupe, no le haremos ningún daño.

Marianna abrió y dejó pasar a los dos oficiales. No se percató del resto de miembros del pelotón de la policía pontificia, repartidos entre la escalera cercana y la puerta de la calle. Pietro Lucidi, mariscal *dei carabinieri* y jefe de la policía del papa, entró, seguido del brigadier Giuseppe Agostini, vestido de civil. La visión de la policía militar de los Estados Pontificios apareciendo inexplicablemente en mitad de la noche aterrorizó a Marianna.

El mariscal, al que no agradaba en absoluto la misión que tenía encomendada, trató de calmar a la mujer al verla tan angustiada. Sacando un papel de su guerrera, le dijo que necesitaba comprobar algunos datos y le pidió que nombrara a los miembros de su familia comenzando por su marido y ella misma, y siguiendo con todos sus hijos del mayor al menor. Marianna comenzó a temblar.

Aquella agradable noche de junio, de vuelta a casa bajo los célebres pórticos de Bolonia junto a Riccardo, su hijo de 13 años, Momolo se sorprendió al ver policías apostados frente al portal. Se apresuró a subir a su apartamento, y allí encontró al mariscal y a su extraño acompañante hablando con su alterada esposa.

Al ver entrar a su marido, Marianna exclamó:

—¡Momolo, escucha lo que estos señores quieren de nuestra familia!

El mariscal Lucidi ya no dudó que vería cumplidos sus peores temores respecto a su misión, pero sintió cierto alivio al poder tratar con Momolo, que al menos era un hombre. Repitió que tenía encomendada la tarea de identificar a los ocupantes del domicilio de Mortara. Momolo, incapaz de obtener ninguna explicación para aquella inquietante investigación, procedió a dar sus nombres: el suyo, el de su esposa y el de cada uno de sus ocho hijos.

El mariscal cotejó todos esos nombres con los de su lista. Habiendo verificado la identidad de los diez miembros de la familia, anunció que necesitaba ver a todos sus hijos. Esta petición convirtió en terror la inquietud de Marianna.

Momolo señaló a Riccardo, Ernesta, y Erminia, que se habían reunido con sus padres, pero dijo que sus otros hijos estaban dormidos y pidió que no fueran molestados.

Aunque indudablemente conmovido, el mariscal se mostró inflexible. Al fin, los Mortara condujeron a los dos policías hasta su propia alcoba, seguidos por sus tres hijos mayores y la sirvienta. Allí, en un sofá cama, dormía Edgardo, de seis años. Sus padres ignoraban aún que en la lista que traía el mariscal su nombre estaba subrayado.

Lucidi pidió a Anna que sacara al resto de los niños de la habitación. Hecho esto, se volvió hacia Momolo y le dijo:

—Señor Mortara, siento informarle que es usted víctima de una traición.

—¿Qué traición? —preguntó Marianna.

—Su hijo Edgardo ha sido bautizado —respondió Lucidi—, y tengo órdenes de llevármelo conmigo.

Los gritos de Marianna resonaron en todo el edificio, lo que hizo que los policías que aguardaban fuera se apresurasen dentro de la alcoba; los hijos mayores de los Mortara, aterrorizados, se colaron también. Llorando histéricamente, Marianna se arrojó sobre la cama de Edgardo y se abrazó fuertemente al soñoliento muchacho.

—¡Si queréis a mi hijo, primero tendréis que matarme!

—Debe de haber algún error —dijo Momolo—. Mi hijo nunca ha sido bautizado... ¿Quién afirma tal cosa? ¿Quién dice que se lo tienen que llevar?

—Me limito a cumplir órdenes —explicó el mariscal—. Sólo sigo las instrucciones del inquisidor.

Lucidi se desesperó al ver que la situación parecía escapar a su control. Más tarde escribiría en su propio informe: «No sé cómo describir el efecto de aquel fatídico anuncio; puedo asegurarle que preferiría mil veces exponerme a un peligro mortal en el desempeño de mis funciones a tener que presenciar una escena tan dolorosa.»

Con Marianna llorando en la cama de Edgardo, Momolo insistiendo en que todo era un terrible error y los niños temblando, Lucidi no sabía qué hacer. Ambos padres se arrodillaron ante el desconcertado oficial, rogándole en nombre de la humanidad que no se llevara a su hijito. Inclinandose un poco —y sin duda pensando que, de todos modos, aquello era culpa del inquisidor— Lucidi le ofreció a Momolo acompañar a su hijo a ver al inquisidor al convento de Santo Domingo. Lo que Momolo rehusó, temiendo tener que dejar a Edgardo en manos del inquisidor.

Lucidi recordaría después: «Mientras esperaba a que los desesperados padres, presas de una terrible agonía, entraran en razón para poder conducir el asunto a su inevitable conclusión, varias personas comenzaron a llegar, *motu proprio* o por haber sido llamadas allí.»

En efecto, con el permiso de Lucidi, Momolo había enviado a Riccardo a avisar al hermano y al tío de Marianna, y a llamar

a su anciano vecino judío Bonajuto Sanguinetti, cuya fortuna y posición social —esperaba Momolo— podría evitar el inminente desastre.

Regresando al café donde hacía menos de una hora él y su padre los habían dejado, Riccardo encontró a sus dos tíos: Angelo Padovani, hermano de su madre, y Angelo Moscato, esposo de la hermana de Marianna. Moscato relató más tarde el encuentro:

«Estando con mi cuñado en el *Caffè del Genio* en *via Vetturini*, se presentó mi sobrino Riccardo Mortara, sofocado y llorando desconsoladamente, para decirme que los *carabinieri* estaban en su casa, y que querían llevarse a su hermanito Edgardo.»

Los dos hombres se apresuraron hacia el domicilio de los Mortara: «Vimos a una madre devastada; en un estado tan lamentable que es imposible describirlo. Le pedí al oficial al mando que me explicara lo que estaba ocurriendo, y me respondió que tenía orden —aunque no me la mostró— del inquisidor, padre Pier Gaetano Feletti, de llevarse a Edgardo por haber sido bautizado.»

Hallé a Marianna «desesperada, fuera de sí», recordaría su hermano Angelo Padovani. «Tumbada en un sofá que servía de cama para Edgardo, sosteniéndolo firmemente contra su pecho para que nadie pudiera arrebatárselo.»

Tratando de encontrar alguna manera de evitar que la policía se llevase a Edgardo, Padovani y su cuñado persuadieron al mariscal para que no hiciera nada antes de que consultaran con su tío. Éste, hermano del padre de Marianna, cuyo nombre era también Angelo Padovani, se hallaba aún trabajando en el pequeño banco que regentaba en un cercano edificio en el que residía.

Una vez puesto al corriente por sus sobrinos del drama que se vivía en el hogar de los Mortara, el *signore* Padovani decidió que su única esperanza era ver al inquisidor. Mientras el joven Padovani se apresuraba a informar al mariscal de la necesidad de un aplazamiento, los otros dos hombres se dirigieron al convento.

A las once de la noche se plantaron ante el formidable portallón de Santo Domingo y pidieron ser llevados ante el inquisidor. A pesar de la hora tardía, fueron prontamente conducidos a su despacho; allí, le suplicaron al padre Feletti que les explicara el motivo de su orden de llevarse a Edgardo. Respondiendo en tono sereno, con ánimo de calmarlos, el inquisidor les informó de que Edgardo había sido bautizado en secreto, aunque por quién, o cómo lo supo, era algo que no revelaría. Una vez que la noticia del bautismo llegó a oídos de las autoridades competentes, le dieron

las órdenes que estaba cumpliendo: el niño era católico y no podía ser criado en un hogar judío.

Padovani protestó amargamente. Era un acto de gran crueldad, dijo, apartar a un niño de sus padres sin darles siquiera la oportunidad de defenderse. El padre Feletti se limitó a responder que no estaba en sus manos desviarse de las órdenes que había recibido. Los hombres le rogaron que expusiera sus motivos para pensar que el niño había sido bautizado, pues nadie en la familia sabía nada al respecto. El inquisidor respondió que no podía hacer tal cosa, dado el carácter confidencial del asunto, y les aseguró que todo se ejecutaba conforme al procedimiento. Sería mejor para todos los interesados, añadió, que la familia se resignara a lo que estaba por venir. «Lejos de actuar a la ligera en este asunto —les dijo—, he obrado en conciencia, pues todo se ha hecho puntualmente según los sagrados cánones.»

Viendo que era imposible hacer que el padre Feletti reconsiderase su orden, le rogaron que concediera a la familia más tiempo antes de llevarse al niño. Le pidieron que suspendiera cualquier acción durante al menos un día. «Al principio», contaría Moscato más tarde, «aquel hombre de piedra se negó, y tuvimos que pintarle un cuadro del triste estado de una madre con un bebé lactante, de un padre que parecía a punto de perder el juicio, y de ocho niños abrazándose a las rodillas de los policías, rogándoles que no les quitaran a su hermanito.»

Finalmente, el inquisidor reconsideró su decisión y concedió un plazo de veinticuatro horas, con la esperanza de que, en el interin, pudieran convencer a la consternada madre de que dejara la vivienda, y evitar así lo que amenazaba con convertirse en una lamentable perturbación pública. Les hizo prometer a Moscato y Padovani que no intentarían nada para ayudar al muchacho a escapar. Una garantía que dieron sólo a regañadientes.

El padre Feletti recordaría después lo que pasó por su mente mientras sopesaba los riesgos de conceder un aplazamiento. Él conocía bien las «supersticiones que preñan la mentalidad judía», y por eso temía no sólo que «el niño fuera robado», sino tal vez incluso «sacrificado». La suya era una creencia muy extendida en Italia en aquel tiempo, pues se pensaba que los judíos preferían asesinar a sus hijos antes que verlos crecer como católicos. No se arriesgaría a ello. En la nota que preparó para que Padovani se la entregara a Lucidi, ordenaba al mariscal mantener a Edgardo constantemente vigilado.

Mientras tanto, la vigilia en el hogar de los Mortara continuaba, con más amigos y vecinos acudiendo al lugar. Entre ellos se hallaba el vecino del apartamento contiguo, Bonajuto Sanguinetti, de 71 años de edad; como Momolo, procedente de la comunidad judía de Reggio Emilia, en el ducado de Módena. Sanguinetti ya se había acostado cuando Riccardo, después de avisar a sus dos tíos, llamó a su puerta y le contó a la sirvienta lo que estaba ocurriendo.

Sanguinetti describió sus primeras impresiones tras ser despertado por su sirvienta: «Fui a la ventana y vi a cinco o seis *carabinieri* apostados bajo el pórtico; al principio sentí pánico, pensando que habían venido a llevarse a uno de mis nietos.»

Se dirigió a toda prisa a casa de los Mortara: «Vi a una madre destrozada, bañada en lágrimas, y a un padre que se tiraba de los cabellos; mientras los niños, arrodillados, pedían misericordia a los policías. Era una escena tan conmovedora que no tengo palabras para describirla; incluso le oí decir al mariscal de policía, de nombre Lucidi, que hubiera preferido tener que detener a cien criminales que llevarse a aquel muchacho.»

A las doce y media de la noche, la tensa vigilia en casa de los Mortara fue interrumpida por la llegada de Moscato y Padovani, mostrando el escrito redactado por el padre Feletti. El mariscal Lucidi quedó asombrado por el éxito logrado por los judíos en su misión. Había asumido que no saldría esa noche de la casa sin el niño.

«Pude ver», recordaría más tarde el mariscal, «que el *signore* Padovani era una persona culta, digna, un hombre respetado por sus correligionarios, que confiaban plenamente en él. Y tenían buenas razones para hacerlo, pues sólo alguien muy influyente podría lograr un aplazamiento de la orden que, en mi opinión, otros no habrían conseguido; teniendo en cuenta, además, que provenía del más alto nivel, y que ni el mismo padre inquisidor estaba en condiciones de cambiarla.»

La escena que dejó el mariscal al marcharse fue descrita por él como *un teatro di pianto e di afflizione*: un «drama de llanto y aflicción». Al margen de los diez miembros de la familia Mortara y los dos policías que custodiaban a Edgardo, quedaron allí el hermano de Marianna, su cuñado, su tío y dos amigos del matrimonio.

Momolo reaccionó con alivio a la noticia del aplazamiento; para él fue «un rayo de esperanza». Menos alegría le produjo saber que, siguiendo las instrucciones del inquisidor para proteger a

Edgardo, el mariscal había ordenado que dos de los policías permanecieran con el niño en el dormitorio de los Mortara.

Fue una noche atroz para Marianna y Momolo: «Los dos policías se quedaron en nuestra alcoba, siendo relevados de vez en cuando por otros. No es difícil imaginar cómo pasamos aquellas horas. Nuestro hijito, aunque no entendía lo que estaba pasando, dormía agitado, temblaba y sollozaba de vez en cuando, con los guardias junto a él».

La única esperanza que le quedaba a la familia era encontrar a alguien en condiciones de desautorizar al inquisidor y anular su orden. En Bolonia sólo había dos hombres que, a juicio de los Mortara y los Padovani, ostentaban tal poder: el cardenal legado, Giuseppe Milesi, y el célebre y controvertido arzobispo de la ciudad, cardenal Michele Viale-Prelà. Alentados por el éxito diplomático obtenido la noche anterior en Santo Domingo por el cuñado y el tío de Marianna, los Mortara les encomendaron esta nueva misión. A media mañana, el 24 de junio, se pusieron en camino.

No tuvieron que ir muy lejos. En efecto, Angelo Moscato había estado sentado prácticamente a la sombra del imponente edificio en el que trabajaba el cardenal legado, cuando, la víspera, un jadeante Riccardo les comunicó la terrible noticia.

El descomunal palacio gubernamental —el antiguo *palazzo comunale*— se alzaba sobre la plaza central de la ciudad, la *piazza Maggiore*. Destinado a ser la sede del gobierno en 1336 y construido durante los doscientos años siguientes, era tanto una fortaleza como un complejo administrativo. Su inauguración coincidió con la finalización de la vasta e imponente muralla que defendía la ciudad: una muralla de nueve metros de altura formando un ovoide de siete mil seiscientos metros alrededor de la ciudad vieja. Cada noche, las enormes rejas cerraban sus portales para proteger a los habitantes —y gobernantes— de la urbe de sus enemigos. Cuando se construyeron el palacio y la muralla exterior, Bolonia era una ciudad estado autónoma que se enfrentaba, entre otras, a las fuerzas pontificias que intentaban someterla. Fue una guerra que acabó perdiendo, y con la entrada triunfal del papa Julio II en 1506, Bolonia y sus territorios fueron anexionados a los Estados Pontificios.

Giuseppe Milesi Pironi Ferretti había llegado a Bolonia apenas dos meses antes, tras ser nombrado —a la edad de 41 años— cardenal y legado pontificio en la provincia. Entrando a desempeñar sus funciones en «la docta» la noche del 30 de abril de 1885, fue

recibido con gran pompa mientras se dirigía a su despacho y aposentos en el edificio del gobierno. Las tropas austriacas acantonadas allí dispararon salvas de artillería.

Sin embargo, también había quienes, debido a su hostilidad hacia el gobierno papal y las armas austriacas que lo sostenían, no se alegraban de la llegada del cardenal. Enrico Bottrigari, uno de esos boloñeses influidos por las ideas del *Risorgimento* —el movimiento de unificación nacional que un día no muy lejano llevaría a Milesi a salir de la ciudad—, describió así la llegada del cardenal legado:

«Apenas había ocupado su poltrona cuando el senador mayor de Bolonia fue a presentarle sus respetos, al estilo diplomático, seguido por muchos ciudadanos y notables: ¡los habituales que se inclinan ante el poder! Quienes lo han visto aseguran que el nuevo legado tiene la apariencia de un hombre frío como el hielo, y de una persona no agraciada con excesiva inteligencia.»²

El inquisidor había avisado con antelación, tanto al cardenal Milesi como al arzobispo, del prendimiento del niño judío. Cuando Angelo Padovani y Angelo Moscato llegaron a las puertas del cuartel general del cardenal legado, se les dijo que Su Eminencia no se hallaba en Bolonia. Poco podían hacer más que tratar de hallar a la otra persona que, según creían, podría ayudarlos: el arzobispo de Bolonia, el temible Michele Viale-Prelà.

Una vez más, no tuvieron que andar demasiado, pues la sede de la archidiócesis, anexa a la catedral de San Pedro, estaba a tiro de piedra del palacio del gobierno. Los dos judíos no eran optimistas, pues durante la breve estancia del famoso cardenal en Bolonia se había ganado la reputación de líder del movimiento eclesiástico contra el liberalismo, de cruzado de la purificación y la moralidad religiosa, de amigo de la Inquisición y de intransigente campeón del papa como gobernante temporal.

La noche anterior, cuando la familia Mortara y sus amigos de la pequeña comunidad judía de Bolonia se encontraban reunidos en desesperada búsqueda de un modo de evitar que la policía se llevara a Edgardo, Sanguinetti sugirió que trataran de sobornar a alguien de la jerarquía eclesiástica. A nadie le chocó la idea, porque era un procedimiento que los judíos italianos habían empleado ocasionalmente con éxito en siglos anteriores; incluso con papas. Sin embargo, nadie creía que Viale-Prelà pudiera dejarse comprar.

Padovani y Moscato ni siquiera tendrían ocasión de intentarlo, pues en el arzobispado recibieron la misma respuesta que en el

palacio de gobierno: Su Excelencia Reverendísima se encontraba fuera de Bolonia³. El sacerdote con quien hablaron, al oír el motivo de su apremiante solicitud, se llevó las manos a la cabeza y les dijo que no tenía ni idea de lo que podían hacer.

Ya era mediodía y el plazo se agotaba. Angelo Moscato se dio por vencido: «Viendo desvanecidas todas nuestras esperanzas, decidimos dejar que las cosas tomaran su infeliz rumbo. Resolví no regresar a casa de Mortara, porque eso me habría provocado aún más amargura».

En el domicilio de los Mortara la tensión era insoportable. La hermana de Marianna, Rosina, llegó a media mañana y encontró a su hermana abrazada a Edgardo y sollozando. Mientras Rosina, conmovida, consolaba al niño, éste le dio un beso y, señalando a los policías que permanecían a su lado, le dijo simplemente: «Quieren llevarme con ellos».

Rosina hizo lo único que se le ocurrió para ayudar: llevarse a su casa a sus otros sobrinos, para que pudieran estar con sus seis hijos. «No quería que viesan a su madre en ese estado por más tiempo», explicó.

Cuando Rosina se llevó a los pequeños, los hombres reunidos en el apartamento decidieron que era preciso hacer algo con Marianna. Había pasado toda la noche en el sofá cama de Edgardo, apretándolo entre sus brazos, y no lo soltaría. Temían lo que pudiera sucederle si se hallaba presente cuando los *carabinieri* volvieran esa noche para llevarse a su hijo. Y les preocupaba, también, la pequeña Imelda, cuyos gritos de hambre estaban siendo ignorados por su devastada madre.

Según el propio Momolo, «a medida que transcurría el día en medio de la ansiedad y el miedo, viendo a mi esposa en un estado deplorable, rayano de hecho con la demencia, decidí que lo mejor sería sacarla de la casa para que no asistiera al apartamento, porque la sola visión la habría matado». Giuseppe Vitta, un amigo de los Mortara de 52 años, judío de Reggio que vivía cerca de ellos, se ofreció a llevarse a Marianna a su casa, donde su esposa la atendería. Vitta, junto a Momolo y el hermano de Marianna, pasaron dos horas tratando de convencerla: no había nada que pudiera hacerse allí, y la salud de Imelda dependía de ello.

Finalmente Marianna cedió, pero mientras Vitta aguardaba, la mujer se veía incapaz de dejar de besar a Edgardo. Los hombres tuvieron que sacarla del edificio e introducirla en el landó, porque sus fuerzas la habían abandonado. Mientras lo hacían, lloraba con tanta amargura —dijo la sirvienta de la familia— que rompió los

corazones de cuantos la oyeron. Tan penetrantes eran los gemidos de Marianna durante el corto trayecto hasta la casa de Vitta, que aunque el carruaje iba cerrado, el llanto desolador hizo que los vecinos del barrio se apresuraran a sus ventanas.

Momolo se aferraba a su última esperanza: el inquisidor. Sólo él podría poner fin al desastre. Acompañado de Angelo, el hermano de Marianna, Mortara se dirigió a Santo Domingo.

A las cinco en punto, los dos hombres llegaron al convento y fueron conducidos a los aposentos del inquisidor. Momolo, en voz alta aunque vacilante, aseguró que quienquiera que hubiese hablado de un supuesto bautismo a su hijo estaba en un error, y le rogó al padre Feletti que expusiera sus motivos para darle crédito. El inquisidor no respondería a esto. Las instrucciones del Santo Tribunal habían sido seguidas escrupulosamente, dijo, y no tenía sentido pedir más explicaciones. Cuando Momolo solicitó otro aplazamiento, el padre Feletti respondió que no serviría de nada.

Momolo no debía preocuparse, añadió el inquisidor, porque su hijo sería tratado con todo cuidado; en efecto, el pequeño quedaría bajo la protección del mismo papa. Pidió a Momolo que preparara algo de ropa para el niño; él enviaría a alguien a recogerla. Provocar un escándalo cuando la policía se llevase a Edgardo, advirtió el inquisidor, no beneficiaría a nadie.

Cuando Momolo regresó a su casa, comprendió que se había agotado el tiempo. El domicilio se encontraba vacío. Marianna e Imelda habían sido llevados a casa de Vitta; el resto de los niños estaban con su tía. Otros parientes y amigos, encontrando sin duda la situación demasiado dolorosa, esperaban ansiosamente en sus hogares la llegada de noticias. Aparte de los dos policías, que ni siquiera permitían a Edgardo ir solo al baño, sólo quedaban Momolo, su cuñado Angelo y Giuseppe Vitta, de vuelta de su casa tras haber dejado allí a Marianna con su esposa.

Mientras tanto, el mariscal Lucidi había preparado cuidadosamente la operación. El brigadier Agostini, el silencioso acompañante de Lucidi de la noche anterior, tenía la misión de llevarse a Edgardo, y para ello se le había proporcionado el mejor coche en poder de la policía de Bolonia. Lucidi llegó al domicilio a eso de las ocho, en un carruaje aparte con un pelotón de apoyo; acompañado por varios de sus hombres, subió las escaleras. En el interior los aguardaba Momolo con su hijo en brazos; el muchacho permanecía tranquilo, sin comprender tal vez lo que estaba a punto de suceder. Cuando Lucidi retiró a Edgardo de los temblorosos

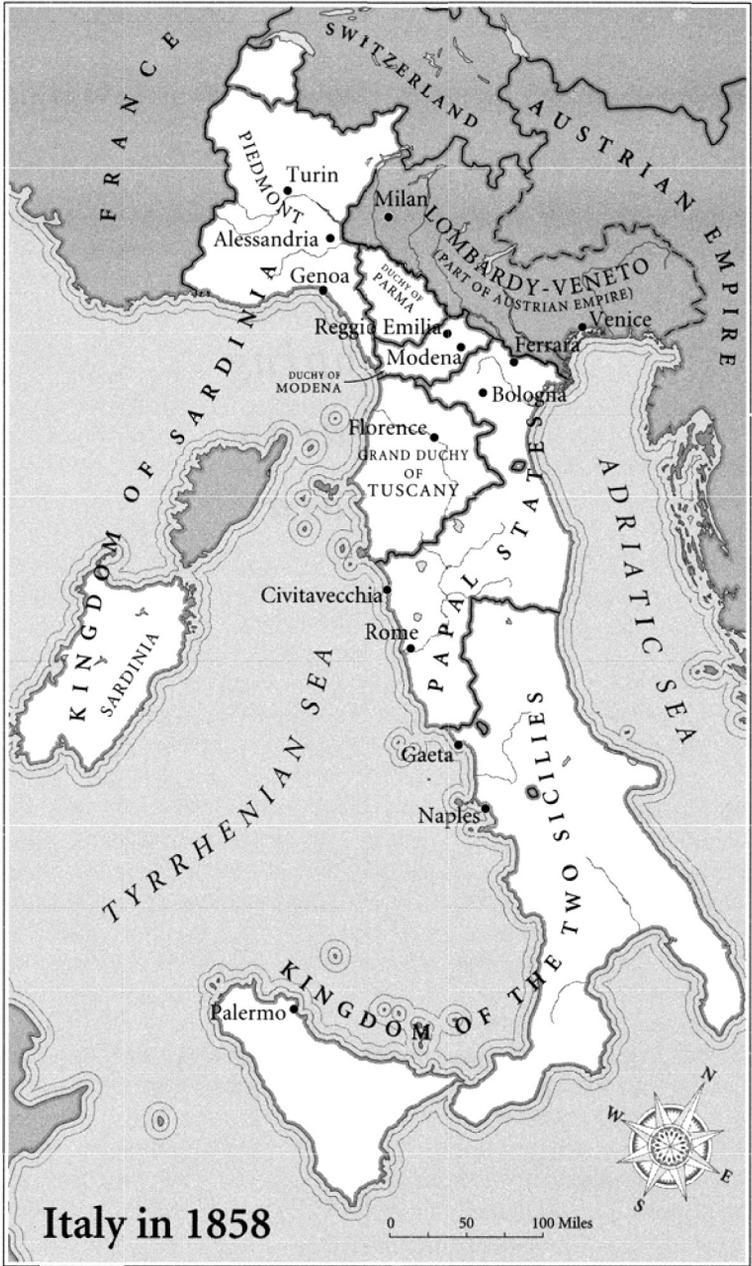
brazos de su padre, las lágrimas brotaron de los ojos de los dos oficiales que habían estado vigilando al pequeño.

Vitta corrió desesperado escaleras abajo en primer lugar, seguido por los policías y un abatido Momolo. La escena de su hijo siendo apartado de él, colgado de los hombros del oficial, drenó el resto de sus fuerzas y, mientras seguía a Edgardo, cayó desplomado al suelo sin sentido. Cuando el muchacho le fue entregado al brigadier Agostini en el carruaje, Vitta trató de calmarlo: «No te preocupes», le dijo, «tu padre y yo te seguiremos en otro coche». Vitta suponía, al igual que la familia Mortara, que el viaje de Edgardo sería breve, que su destino se hallaba intramuros de la ciudad. En esto se equivocaban.

En la acera, un enfurecido Vitta reconoció a un vecino católico, Antonio Facchini, un comerciante de 31 años que pasaba por allí. Facchini recuerda el sorprendente encuentro:

Mientras bajaba por *via* Lame, vi un carruaje parado frente al domicilio de los Mortara y a un policía apostado en la puerta. Me quedé estupefacto; sobre todo cuando oí gritos procedentes de la escalera, y a continuación vi a otra persona que salía corriendo del inmueble y me llamaba: ‘¡Venga Facchini, vea esto: qué escena tan patética!’ Era el judío Vitta, un amigo mío. Cuando le pregunté qué estaba pasando, me dijo que entrara. Pasé con él al portal y vi, en mitad de la escalera, a un policía que bajaba con un niño en brazos, y justo detrás de él, blanco y caído sobre los escalones, al judío Mortara... Nos apresuramos a ayudarlo y lo llevamos a su casa, donde lo tendimos en un sofá.

Cuando Vitta le informó de lo sucedido, Facchini se enfureció y se apresuró a difundir la noticia en el cercano *Caffè del Commercio*. Allí, diría más tarde: «De haber encontrado a una docena de mis amigos, habría seguido al carruaje para detenerlo y devolverle el niño a sus pobres padres». Si esto no era más que una bravata por parte de Facchini, lo ignoramos.



Italy in 1858